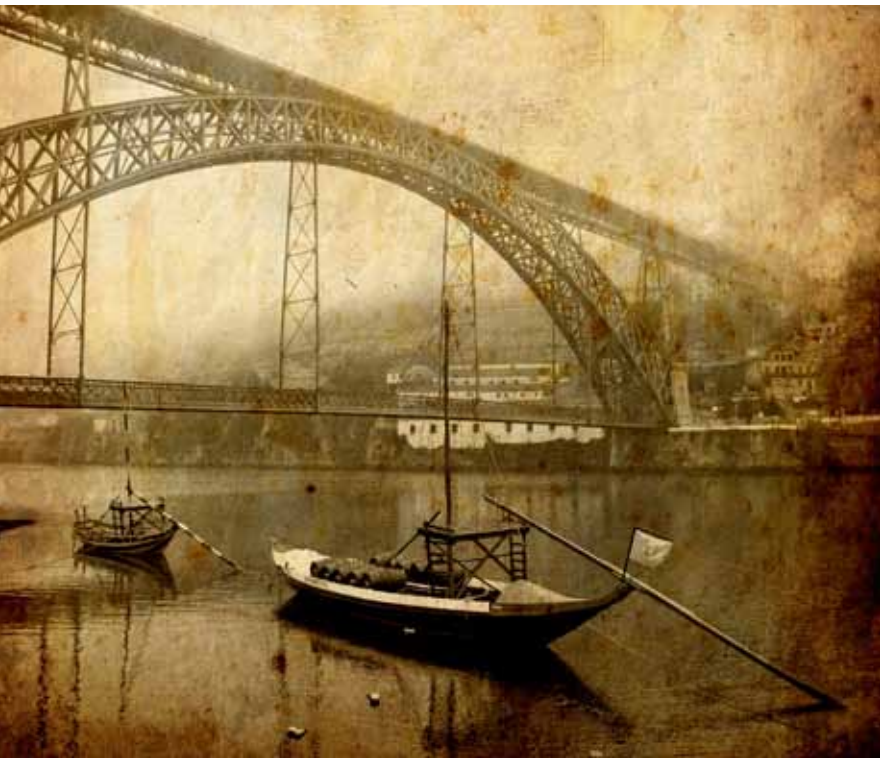


No sé si nada sé



Pedro Alcoba

I

Bernardo Soares y Álvaro de Campos nunca llegaron a conocerse. Sin embargo, en el *Libro del desasosiego* de Soares la influencia de Campos es palpable. Al parecer, éste siguió su poesía tras la publicación en la revista *Orpheu* del poema “Oda Marítima” (no 2, 1915). Prueba de ello es que “Tabaquería” —el más famoso poema de Campos— parecería estar disgregado en los distintos fragmentos con

forma de diario que ocuparon a Soares los últimos años de su vida. Si Campos comienza su poema diciendo “No soy nada”, en un aforismo Soares concluye, tras una sensación de absurdo, “no soy nadie”. “Tabaquería” construye una paradoja, por contraste con su primera línea, al afirmar “Aparte de eso, tengo en mí todos los sueños del mundo”. El delirio de esa nada, capaz de soñar todas las sensaciones que han existido, también está en el *Libro del desasosiego*.

Soares no fue tan radicalmente “sensacionista” como Campos. De la vanguardia que inventó el poeta, Soares rechaza el proceso de registrar las percepciones en estado puro por medio de vocablos caóticos como las onomatopeyas. El autor del *Libro del desasosiego* se acerca a la literatura

de Campos cuando su “sensacionismo” se decanta, se deshace de los ruidos y conserva la búsqueda de imágenes poéticas que evoquen sensaciones físicas en el lector. En “Tabaquería”, por ejemplo, Campos define la existencia como la agitación impersonal de una cola de lagartija cortada, y presenta la inadaptación social con la imagen de un perro que duerme en el vestíbulo tolerado por la gerencia. A su vez, en el *Libro del desasosiego*, Soares equipara la condición de “ser arrojado en el mundo”—que definiera el existencialismo— con un trapo mojado arrumbado en el camino.

II

El narrador del *Libro del desasosiego* a menudo relata desde la ventana de su oficina su encuentro con distintas sensaciones, tal como el yo poético en “Tabaquería” ve el estanco de enfrente desde su buhardilla. Los dos están divididos entre la realidad exterior, fuente de percepciones, y la sensación de que todo es sueño. Aquí surge una diferencia clara, en “Tabaquería” la identificación del yo poético con el vendedor del estanco permite la ruptura de la introspección pesimista; en el *Libro del desasosiego* la llegada abrupta del mozo de la oficina será objeto de ira. Es la irrupción de una realidad confusa en el mundo de la ensoñación armónica.

El desasosiego que retrata Bernardo Soares se refiere a una imposibilidad de encontrar un lugar en el mundo y acompañarse con el ritmo de los días. Vivir de esta manera provoca una especie de fermentación cuyo efecto es el tedio. Este mal, compartido por Campos y Soares, se expresa como un desacuerdo frente a las imposturas sociales que construyen la personalidad. Soares explora la experiencia vital contenida en los siguientes versos de Campos:

El traje que vestí estaba equivocado.
 (...)
 Cuando quise arrancar la máscara,
 estaba pegada a la cara.
 Cuando la arranqué me vi al espejo...
 (“Tabaquería”)



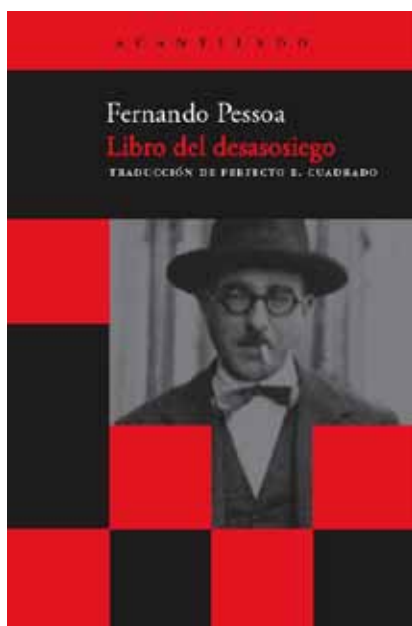
Fotografías: Thinkstock

El *Libro del desasosiego* corroe esa máscara que forma el semblante. Soares es un escéptico que no echa en falta su rostro.

III

El cúmulo de sensaciones con el que nos confrontamos a cada instante es la materia a partir de la cual Soares escribe. Le obsiona el barniz de irrealidad que aparece en lo sensible como consecuencia de reflexionar que es una representación que construyen nuestros sentidos. La conciencia crítica de Soares denuncia la frívola certeza con que nos rozamos a diario con la realidad. “Nunca desembarcamos de nosotros mismos,” escribe, la única realidad para cada uno es su propia alma, límite desde el cual vivimos el mundo. El amor para él, por ejemplo, es una falacia. El sabio en este tema es el onanista que comprende que la pasión surge de la experiencia que tenemos de nuestro cuerpo y nada más.

El ácido crítico de la escritura de Soares proviene de la fuerza con que examina el hecho de que el mundo y el yo son únicamente sensaciones que experimenta-



mos. Pensar le revela una verdad, cobrar consciencia de que sentimos es ser otro, aquel que observa al primer personaje que vivió la afección. Bajo la lluvia de Lisboa, Soares se guarece en su abrigo, escucha el repiquetear de las gotas y siente la humedad del aire. Decide a veces escapar de su neurosis autoconsciente y perseguir a las sensaciones en estado puro, lo que lo llevará a “disolverse en el caer deshilachado del agua luminosa”. Explorará entonces la riqueza de sus impresiones sensibles al grado en que aparecerán disociadas, sin un centro de convergencia que las ponga en relación mediante un nombre (como la palabra “lluvia”). En estos ejercicios, Soares no alcanza a tocar la realidad, simplemente su yo desaparece, se precipita en el abismo. De vuelta al pensamiento, su conclusión es que vivimos a cada instante en el crepúsculo de la conciencia. Soares termina por negar la vida en nombre de la sensación y nos invita a convertirnos en argonautas de los sentidos.

IV

El *Libro del desasosiego* propone una distinción entre lo bajo y lo aristócrata. Los hombres de acción que no reparan en la irrealidad de sus sensaciones pertenecen al primer grupo. En el segundo se encuentran los hombres irónicos, que saben que las cosas nada valen

por sí mismas. La ironía socrática, “sólo sé que no sé nada”, inmoviliza el cuerpo pues suspende las creencias en que camina el yo. Soares no se limita a esto, además se “desconoce conscientemente” poniendo en entredicho la existencia de él y de su duda. “No sé si nada sé”, exclama Soares, para abrir un paréntesis en que cualquier percepción comienza a gravitar en la irrealidad. Sobre ese vacío, en ese borde desfigurado, se alojará la máscara de cualquiera que dé nombre a los estímulos que lo rodean. Soares, a final de cuentas, ha dejado de ser una persona para tornarse la voz escrita de una cara sin rostro.

Las sensaciones son intransmisibles, salvo si las hacemos literarias. Las palabras comunes son una moneda gastada. Decir y dar nuevos nombres a las cosas es comenzar a soñar un nuevo vínculo con el mundo. La literatura es un esfuerzo por hacer real la vida que experimentamos, aunque esto en última instancia sea un proyecto siempre inconcluso. Por eso la aristocracia que propone el *Libro del desasosiego* consiste en soñar despierto y fantasear situaciones irreales. Soñar es la posibilidad de cincelarnos de nuevo en un mundo que es exclusivamente nuestro, vivir es habitar una estatua ajena. Esta distinción posibilita hacer a un lado el hastío.

V

No quiero cerrar este ensayo sin celebrar la broma con la que la editorial Acantilado enmarcó la primera traducción completa del *Libro del desasosiego*. Me refiero al alias Perfecto E. Cuadrado, nombre con el que el traductor de la obra se presenta y que no puede ser sino un seudónimo (quizá un homenaje a Antonio Quadros, el primer biógrafo de Soares). Un guiño que reitera tan buen humor se encuentra en la portada donde la figura geométrica que designa su apelativo conforma un mosaico. En entrevistas, este supuesto geómetra encarnado ha dicho que la experiencia de traducir el *Libro del desasosiego* lo volvió un personaje anónimo que era parte del libro. Entiendo bien su necesidad de volver al mundo con una máscara. ■■■